

Revista Vectores de Investigación

Journal of Comparative Studies Latin America

ISSN 1870-0128

ISSN online 2255-3371

Carmen Martínez Martín

**TRAS LA ESTELA DE COLÓN
IN THE WAKE OF COLUMBUS**

Vol. 3 No. 3, 95-102 pp.

**Carmen Martínez
Martín**

Universidad
Complutense de
Madrid

*Palabras claves:
Historia,
España,
Hispanoamérica*

Tras la estela de Colón

IN THE WAKE OF COLUMBUS

ENVIADO 7-03-2011 / REVISADO 31-03-2011 /
ACEPTADO 12-04-2011

RESUMEN El más trascendental y conocido de los viajes de exploración llevado a cabo en la era de los grandes descubrimientos fue el protagonizado por Cristóbal Colón, quien, con el apoyo de la corona de Castilla, logró a travesar el océano Atlántico y descubrir el Nuevo Mundo.

ABSTRACT Christopher Columbus was the leader of the most transcendental and well-known exploratory journey carried out in the era of great discoveries. He, with the support of

the crown of Castilla, achieved the crossing of the Atlantic Ocean and discovered the New World.

Tras la estela de Colón en América

Tras desembarcar el 12 de octubre de 1492, tomar posesión de la isla Guanahaní —en el archipiélago de las Lucayas (Bahamas)— y recorrer las costas de las grandes Antillas (Cuba y La Española), encontró el Nuevo Mundo que, unas décadas más tarde, fue llamado América. Se alcanzaba así la “cuarta parte del Orbe”, que se añade al mundo trinitario hasta entonces desconocido, inaugurando un nuevo período en la historia del mundo con decisivas consecuencias para Europa¹.

¹La noticia del descubrimiento se difundió rápidamente a través de numerosas ediciones de la carta que escribió el almirante durante su regreso a España: la primera fue en Barcelona en 1493, impresa por Pedro Posa, de la que, hasta su segunda edición en castellano en 1497, hay nueve ediciones de la misma en Europa en latín (Roma, Amberes, tres en París, dos en Basilea); seis en italiano (Roma y Florencia); y una alemana (Estrasburgo) (Sanz, 1958: 77-95).

Centro de Investigación Estudios Comparados / **Revista Vectores de Investigación 3**
Agasajado por los Reyes Católicos, Colón acudió a la recepción que éstos habían preparado en Barcelona llevando consigo algunos indios, productos exóticos y muestras de oro. Los monarcas, impresionados por la inesperada noticia de semejante descubrimiento, en seguida pusieron en marcha una gran actividad diplomática con la finalidad de salvaguardar sus derechos sobre los territorios hallados por Colón, aún no pertenecientes a ningún monarca cristiano, especialmente frente a las pretensiones de Juan II de Portugal —la principal monarquía ocupada en las exploraciones marítimas del Atlántico—, quien reivindicaba por el acuerdo hispano-portugués de Alcaçobãs-Toledo, de 1479-1480, el reparto entre Castilla y Portugal de los descubrimientos en aquel océano. Como había sucedido en anteriores disputas, acudieron a la Santa Sede en busca del respaldo que tenían los pontífices desde la Edad Media sobre territorios de infieles al amparo de la doctrina de los canonistas, quienes defendían que podían traspasarlos a los príncipes cristianos a cambio del compromiso formal de predicar entre ellos el Evangelio².

El Papa Alejandro VI, que había sido coronado con el apoyo de Fernando I de Aragón, concedió su beneplácito y confirmación sobre la posesión castellana de las islas descubiertas mediante cuatro bulas, las llamadas *Bulas alejandrinas* de 1493, equivalentes a las otorgadas a Portugal en su expansión atlántica. Con la *Bula Inter Caetera* (4 de enero de 1493), se trató de resolver la tensión provocada dividiendo los descubrimientos de ambas Coronas en el Atlántico mediante una línea vertical o meridiano de partición, situado a 100 leguas (unos 470 km) al oeste de las islas Azores y Cabo Verde, concediendo a Castilla la navegación hacia el poniente con los mismos privilegios que ya tenía Portugal.

Sin embargo, el monarca de Portugal rechazó la propuesta papal. Se iniciaron, entonces, una serie de laboriosas negociaciones que se vieron presionadas por la diplomacia lusa para desplazar lo más al oeste posible la línea de partición. Las dos naciones llegaron a un acuerdo con la firma del Tratado de Tordesillas de 1494, por el cual el meridiano papal antes establecido fue desplazado a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde —hasta los 46° 37' long, oeste del meridiano de Greenwich—, reservándose Castilla la navegación hacia el oeste de la nueva línea establecida en Tordesillas y Portugal el este, lo que, además de permitir una mayor comodidad en sus viajes por el Atlántico, tuvo, entre otras consecuencias, dejar las costas del Brasil bajo jurisdicción lusitana.

La primera flota portuguesa que alcanzó aquel litoral fue la de Alvaro Cabral en 1500. Había zarpado en marzo de ese año de la desembocadura del Tajo en ruta hacia la India, pero vientos adversos llevaron a la tripulación al litoral brasileño. Allí el rey portugués tomó posesión de la que llamó Terra de Vera Cruz, topónimo que recoge el portulano de Cantino³, el primero

²En la referida carta de 1493, Colón informaba a los monarcas de las nuevas tierras encontradas y los indígenas que allí habitaban. Concretamente, dice de la isla La Española: «la gente desta isla y de todas otras que he fallado y habido noticia, andan desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren...», impresión que reproduce el grabado.

³El planisferio de Cantino es el más antiguo de los portulanos náuticos de Portugal. Recibe el nombre del diplomático que se lo ofreció al duque de Ferrara, Albert Cantino, tras adquirirlo

que representa aquel territorio dos años más tarde del acontecimiento. Hecha la posesión, junto a una bandera con las armas de Portugal, se colocó una leyenda que indicaba el lugar donde arribaron, zona con abundante vegetación boscosa y aves de llamativos colores, según narra la carta de Vaz Caminha, cronista en la flota de Cabral que iba que en aquella expedición.

Figura 1. Grabado europeo sobre la llegada de Colón a las islas del Caribe. Ilustra la carta que el descubridor escribió a los reyes católicos a su regreso. En latín (Basilea, 1493), 11x7.5 cm.



Fuente: Strenna Ute, *Colombo-Vespucio-Verrazano*, Turín, 1966, 18

en Lisboa. Está formado por tres hojas empalmadas (1x2.1 m) e ilustra el mundo como se conocía en la época. Biblioteca del duque de Ferrara (Italia).

Con la ilusión de alcanzar las riquezas de Oriente como dejaban entrever los viajes de Colón bajo bandera de Castilla, expertos marinos fueron explorando las costas del Mar Caribe en busca de un paso hacia Catay, el fabuloso imperio de oriente que dos siglos atrás visitara Marco Polo, el mundo deslumbrante para la imaginación y codicia de Occidente que divulgó el *Libro de las maravillas* (11 millione) en Europa. De esta manera, se iba dibujando poco a poco el litoral de la llamada Tierra Firme —costas de Colombia y Venezuela—.

En 1513, Vasco Núñez de Balboa descubrió el océano Pacífico —Mar del Sur—, un hito de trascendental importancia, ya que evidenciaba que Asia se hallaba más al occidente de aquel océano. Y unos años más tarde, en busca de una nueva ruta que llevara a las especerías de Oriente navegando las costas atlánticas de Sudamérica y con el respaldo económico del monarca español Carlos I, partió de Sevilla el portugués Fernão de Magallanes al mando de una flotilla de cinco naos con 237 tripulantes. Tras saldar los primeros conflictos en la costa patagónica, lograron atravesar los cerca de 500 km de sinuosos canales que conforman el estrecho que desde 1520 lleva el nombre del navegante, alcanzando así el Pacífico: habían encontrado un paso hacia el Oriente en Sudamérica.

Aquellas primeras expediciones comerciales en busca de especias, oro, perlas o maderas tintóreas que habían posibilitado los viajes costeros no siempre tuvieron éxito en sus intentos de atraer a los aborígenes, sobre todo, por la dificultad de la comunicación, por lo que hubo de recurrir al lenguaje de las señas. Esta etapa de iniciales contactos dio paso a la conquista propiamente dicha cuando los castellanos fueron asentando poblaciones en las nuevas tierras, amparados por los derechos de las bulas papales, siendo la Santa Sede la única institución reconocida con cierta autoridad internacional.

El rey, al no contar con los medios necesarios para tan costosas empresas, fue concediendo autorización a particulares, primero para explorar y más tarde, en la llamada etapa de los adelantamientos, para poblar. Mediante capitulaciones —especie de contrato, convenio o compromiso a modo de instrumento jurídico—, el monarca cedía tales derechos con la obligación de realizar la empresa a su costa, es decir, eran los particulares quienes debían correr con los gastos y peligros, y como contrapartida recibían, si llegaban a términos exitosos, ciertas mercedes, como el ejercicio del poder político con la asignación de ciertos cargos —gobernador, adelantado, justicia mayor, para él o para sus herederos—, exenciones tributarias, el reparto de los botines conseguidos entre sus colaboradores —reservando el quinto real— o repartimientos de indios.

Una vez conseguida la licencia, el capitulante o la compañía de socios que la formaba buscaban los fondos necesarios con que financiar los gastos —en el caso de exploración marítima, dinero para barcos y gente de mar—, reclutaban soldados en la Península, quienes voluntariamente participaban atraídos por la promesa de riquezas y glorias que podían obtener, o bien se abastecían en las mismas Indias, donde la noticia de nuevas y ricas tierras hacía que muchos de los que llevaban algún tiempo en América se enrolaran en nuevas aventuras. En tales concepciones, con los escasos

datos geográficos con que se contaba, quedaron demarcadas las áreas que debían descubrir y conquistar como ponen de manifiesto las cláusulas de las capitulaciones.

Las entradas a nuevas tierras eran realizadas en huestes organizadas que actuaban en nombre de la Corona y a su servicio. Solían estar compuestas por un reducido número de hombres armados, sin milicias profesionales, gran parte de ellos segundones de la nobleza, hijosdalgo o caballeros, soldados de procedencia dudosa, aunque en minoría había religiosos, y siempre iban los “oficiales reales”, encargados de vigilar los intereses de la real hacienda, acompañados de numerosos indígenas porteadores, guías, intérpretes o espías⁴. Establecidas las huestes, avanzaban con la finalidad de dominar las poblaciones aborígenes que encontraban a su paso, unas veces pueblos cazadores-recolectores de precario desarrollo cultural, y otras, verdaderos imperios militaristas que contaban con ejércitos profesionales, sin llegar a ser éstos últimos un freno a sus desmedidas ansias conquistadoras, ya que estas últimas regiones fueron dominadas con mayor rapidez. En su lucha contra los infieles, los castellanos pretendieron que reconocieran la soberanía del rey de España y, como portadores de una misión mesiánica, convertirlos a la verdadera fe católica, en definitiva, que aceptaran la cultura europea considerada la de más alta civilización.

Figura 2. Grabado de Theodoro Bry de 1591 sobre la llegada de Colón a Indias en 1492

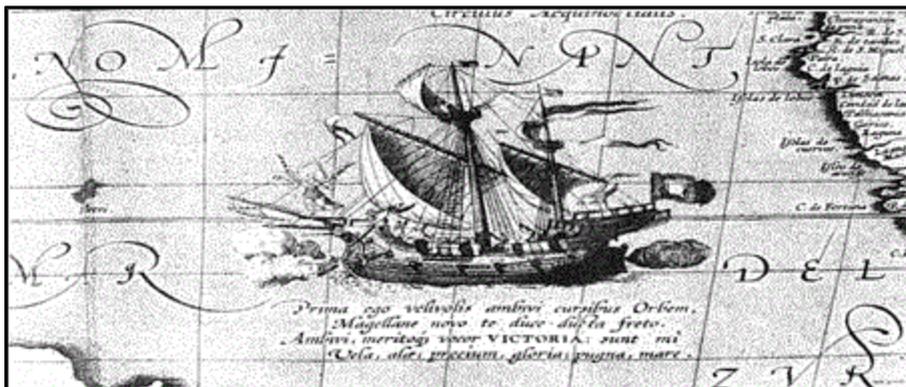


Madrid, 1985.

En tales circunstancias, la conquista de América fue protagonizada por numerosos emigrantes que embarcaron hacia el Nuevo Mundo; hombres individualistas con gran entereza ante los contratiempos, procedentes de diversos pueblos y ciudades de la Península —se estima que serían alrededor de 200,000 el total de emigrantes durante el siglo XVI— entre los que predominaron los andaluces, seguidos de los extremeños, castellano-leoneses, vascos y gallegos. La procedencia social también era diversa — antiguos soldados de la guerra de Granada, campesinos sin empleo, nobles empobrecidos o de linajes poco relevantes, etc.— si bien no solían ser licenciados, sino hombres de armas que ascendían en las campañas recibiendo la consideración de capitán⁵.

Ya en Indias, los lugares de destino de estos hombres cambiaron al compás de las sucesivas etapas colonizadoras: primero en las islas antillanas — Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico— y en las costas del Mar Caribe — América Central y la llamada Tierra Firme en Sudamérica—; después, en las décadas centrales del siglo, se dominaron amplias zonas continentales, sobre todo las grandes culturas indígenas —los Imperios azteca en México y el incaico de Perú, en los Andes sudamericanos—; finalmente, desde 1550, se alcanzaron áreas marginales o de menor relevancia por su cultura indígena. A partir de 1573, las empresas pasaron a denominarse “de pacificación” por orden de Felipe II, sucediéndose las campañas contra indios sometidos que se sublevaban al dominio español o que hostigaban desde fuera de las fronteras a las ciudades españolas ya establecidas.

Figura 4. La nao *Victoria* fue la única embarcación de la expedición de Magallanes que regresó a España al mando de Juan Sebastián Elcano, tras haber dado la primera vuelta al mundo de la historia. En la imagen, detalle de un mapa de América, con la leyenda de esta hazaña



Fuente: Abraham Ortelius, *Theatrum Orbis Terrarum*, Ámsterdam, 1589

⁵Las cifras de los emigrantes varían entre los investigadores. La principal fuente documental son los *Catálogos de pasajeros a Indias* (Sevilla, 1940-1985), con los registros de las personas que tuvieron licencias de embarque, en los controles oficiales que realizaba la Casa de Contratación de Sevilla; sin embargo, muchos escaparon del control fiscal. Vid: Boyd-Bowman, P., *Índice geobiográfico de más de 56.000 pobladores de la América hispánica. I (1493-1519)*, México, FCE, 1985, 164-166. En los años estudiados, documenta 54 emigrantes procedentes de La Rioja.

Los españoles se vieron obligados a cambiar radicalmente las costumbres que hasta entonces habían desarrollado en la Península por las que tenían los nativos, y así, aunque no fue fácil, aspectos tan elementales como el vestido, la comida, la casa o la sexualidad tuvieron que ser modificados. Se trataba generalmente, como ya se ha dicho, de campesinos extremeños y andaluces, con hábitos alimenticios parcos y sencillos, que debieron aceptar los alimentos preparados por los nativos en aquellos poblados, con los cuales tuvieron buenas relaciones. Con frecuencia, debieron afrontar un sinfín de aventuras de incalculables riesgos, sobre todo al entrar en territorios con ambientes exóticos desconocidos por ellos hasta entonces: exploraron litorales, atravesaron ríos, caminaron entre valles de altas montañas, penetraron en la selva, etc.

De esta manera, se fomentó la atracción hacia lo maravilloso y fantástico, algo comprensible si se piensa que la sociedad europea se había ido moldeando durante generaciones a partir de cuentos fabulosos que culminaban con un viaje imaginario al Oriente, como la peregrinación a los Santos Lugares que escribió, mezclando mito y realidad, Juan de Mandeville —versión castellana— en su *Libro de las Maravillas del Mundo* (siglo XIV), obra que fue objeto de varias ediciones en España durante el siglo XVI. No obstante, esta curiosidad debió de ser rentable para muchos de los que atravesaban el Atlántico, pues viajaban con la esperanza de resarcirse y compensar sus esfuerzos con un rápido enriquecimiento y que se vio satisfecha al principio con el aliciente del oro y, después, con el disfrute de tierras propias por aquellos que no las habían poseído en la Península. Sin embargo, aunque a todo lo dicho hay que añadir el servicio de los indios a través del sistema de encomiendas, el balance ganancial no fue compensado por igual: gran parte de estos hombres lograron lo que esperaban, mientras que otros murieron en su cometido o no llegaron nunca a disfrutar de tales mercedes, pues las campañas fueron a veces particularmente duras debido a la resistencia indígena.

BIBLIOGRAFÍA

- ANZ, Carlos (1958) *Henry Harrisse (1829-1910). "Príncipe de los Americanistas". Su vida-su obra*, Madrid, Gráficas Basagal, 77-95.
- BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel (1985) "La hueste indiana", *Cuadernos de Historia 16*, N°172, Madrid.
- BOYD-BOWMAN, Peter (1985) *Índice geobiográfico de más de 56,000 pobladores de la América hispánica. I (1493-1519)*, México, Fondo de Cultura Económica, 164-166.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Carmen (2008) *Una ciudad perdida en la Amazonia: Logroño de los Caballeros*, Madrid, Editorial Complutense.